



LA TIERRA DE FUEGO Y HIELO

TEXTO *Will Nicoll*
FOTOGRAFÍAS *Simon Norfolk*

En la misteriosa y abrupta región fronteriza que se encuentra en la península rusa de Kamchatka, conviven elementos tan diversos como la ceniza de los volcanes activos junto al vapor de los géiseres, la nieve de los glaciares... y la mayor población de osos pardos protegidos en Eurasia

Un volcán extinguido sobre la reserva natural Kronotski de Kamchatka (páginas anteriores). La península cuenta con 29 volcanes activos. Un oso pardo entre las nubes de

vapor geotérmico del valle de los géiseres (derecha). La especie de osos más grande de Eurasia puede exceder los 2 m de longitud y casi 3 m de pie sobre sus patas traseras

Bajo el tono azul violáceo del atardecer en Kamchatka, el piloto Alexei se levanta de la cama y se lava la cara. Se pone un crucifijo bajo la camiseta y se abrocha su gruesa camisa de cuadros. Hay dos huellas de oso cerca de la entrada de nuestra cabaña, pero Alexei parece imperturbable ante la proximidad de la especie de osos de mayor tamaño de Eurasia, algunos de ellos próximos a la cabaña, donde hemos estado tomando pescado ahumado y sopa de remolacha. Mientras nos preparamos para aventurarnos por la reserva Kronotski, los rotores de la avioneta comienzan a batir la tierra. El vapor del campo de géiseres más extenso del mundo envuelve el valle. Las fuentes termales proyectan espectaculares columnas de vapor en el aire, mezclándose con las primeras rachas de polen para formar una capa de polvo cúrcuma.

Durante diez largos minutos de empinada ascensión, parece que hiciéramos al revés el mismo viaje que comenzamos, cuando aterrizamos en Kamchatka, cuatro días antes. Los volcanes de la reserva nos rodean. Algunos son elevaciones escarpadas de color ocre coronadas de humo y azufre. Otros contienen cráteres de hielo de un verde azulado iridiscente. La ceniza gris marca las protuberantes lomas que se han unido, solapado, quebrado y fusionado durante milenios de fraternización tectónica. Ahora, marcan Kronotski como las negras garrapatas que los pastores koriaks e itelmen de los valles arrancan de los renos. Nos acercamos a una espectacular grieta, Alexei afianza el helicóptero. Durante unos diez segundos, planeamos sobre una de las últimas fronteras naturales de la tierra.

La península de Kamchatka es uno de los destinos más misteriosos del mundo. En los mapas turísticos de la Federación

rusa, la capital de provincia se suele iluminar con un pequeño diodo rojo parpadeante, recordándonos que existe realmente una ciudad en la franja septentrional de la tierra. Petropavlovsk-Kamchatsky es la entrada a Kamchatka y centellea como un grano de caviar rojo caído en el mapa de un piloto mientras come. Aunque sea enfáticamente rusa, la ciudad está situada a 7000 km y a nueve zonas horarias al este de la capital del país. Entre los volcanes, ríos y fuentes termales de la península habitan 37 especies de mamíferos. Aquí, la mayor población de osos de Rusia se alimenta de una de las mayores reservas de salmón del mundo. Los animales se pasean entre los distintos microclimas de la zona con relativa facilidad. Los humanos dependen de helicópteros, vehículos todoterreno, motonieves y trineos de perros para trasladarse por el tortuoso terreno. A pesar de tener una población de más de 320 000 habitantes, el clima extremo de Kamchatka ha impedido la creación de una infraestructura y Petropavlovsk sigue siendo la segunda ciudad más grande del mundo, después de Iquitos en Perú, sin carreteras de conexión con el mundo exterior.

La guías ofrecen estadísticas como estas, además de explicar las infinitas posibilidades de aventura existentes aquí, pero Kamchatka conserva su enigma al no revelar sus discordantes misterios. Durante un vuelo intercontinental de nueve horas desde Moscú, leo el relato del naturalista Stepan Petrovich Krasheninnikov, de 1755, sobre su expedición en la región 13 años antes, junto al explorador danés Vitus Bering.

“Es difícil generalizar sobre si las desventajas de Kamchatka son mayores que las ventajas”, escribe Krasheninnikov, en un pasaje un tanto confuso para el lector. “Por

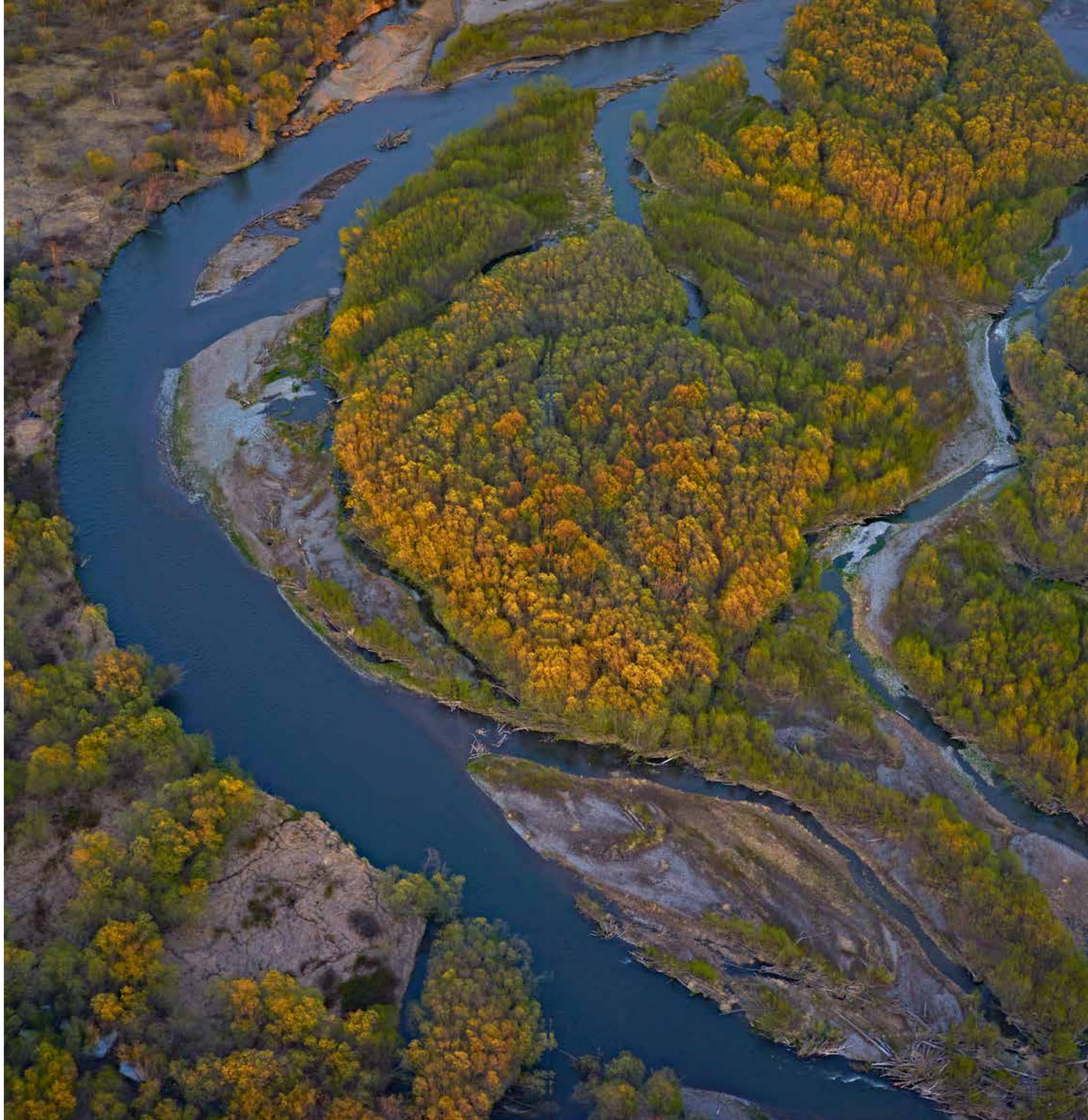


una parte, el país no produce grano ni ganado. Está sometido a frecuentes terremotos, inundaciones y tormentas y la única diversión es contemplar las enormes montañas cuyos picos están cubiertos de nieves eternas o, si uno vive cerca del mar, escuchar el rompeolas y observar las diferentes especies marinas, su inteligencia y sus constantes luchas. Si uno solo considera esto, parecería más apropiado que este país estuviera habitado por animales salvajes y no por seres humanos”.

Cuando llegamos a Petropavlovsk, no hay visibilidad. La aguanieve es tan densa que las matrículas de los vehículos a cinco metros de nosotros son ilegibles. Los edificios a lo largo de la carretera son típicos de una ciudad provinciana rusa, pero no hay señales de osos, géiseres o nutrias marinas. La nieve se vuelve lluvia. Nuestro vuelo al interior de la península se cancela. Los partes meteorológicos a cada hora desde el helipuerto son puntuales y pesimistas. La presión atmosférica afecta a los visitantes con dolores de cabeza y, después de caminar una milla por detrás de una calle congestionada, sólo veo paseadores de perros y transeúntes taciturnos de vuelta del trabajo.

De repente, se nos informa de que las nubes se despejarán pronto y podremos volar hacia el norte esa misma tarde. Ordenamos con rapidez el equipaje y nos deshacemos de los bultos pesados de alimentos, antes de dirigirnos en automóvil a la pista de despegue enmarcada por helicópteros irreparables y delicadas flores amarillas, conocidas como “las primeras doncellas de febrero”, que surgen entre la nieve del verano. El helicóptero de Alexei parece increíblemente pequeño, pero al salir de Yelizovo, sus rotores remontan las nubes bajas y nos elevamos ágilmente. Los volcanes, al parecer, nos han rodeado desde nuestra llegada. Han permanecido escondidos bajo la neblina, completamente ocultos, aunque sus cimas excedan los 3000 m.

La reserva natural de Kronotski está a 230 km al noreste de Petropavlovsk. Creada en 1934 y ahora Patrimonio Mundial de la UNESCO, Kronotski es más conocida en círculos científicos como “el valle de los



En la Península de Kamchatka se encuentran 14 000 ríos, 400 glaciares y 150 fuentes termales. La reserva contiene 11 000 km cuadrados de volcanes activos además de extensas formaciones rocosas que se enlazan para crear conglomerados de color

ocre a lo largo de la escarpada costa del océano Pacífico. Al ser una región tan remota, fue utilizada por el gobierno ruso en el siglo XVIII para exiliar prisioneros, y esto hizo, paradójicamente, que se abriera la región para establecer asentamientos

géiseres”. Cuando se descubrió en 1941, se convirtió en el segundo lugar topográfico de este tipo en toda Eurasia, y el segundo en número de géiseres del mundo. Por esto, Kronotski a veces se conoce como “la tierra de fuego y hielo”. Mientras que la estepa nórdica de Rusia continúa alfombrada de nieve durante la mayor parte del verano, en Kronotski ya está empezando el deshielo.

Cuando nos acercamos al valle, la energía geotérmica de la superficie de la tierra, deshíela el terreno, licuando los restos de precipitaciones para llenar los acuíferos de la península. Aterrizamos cerca de una serie de cabañas de madera. El helicóptero se ha posado sobre medio metro de nieve compacta. Mientras los rotores desaceleran, apartamos la nieve con las botas, descubriendo debajo fragmentos de asfalto negro y ceniza volcánica. Somos viajeros en un lugar con los niveles más altos de actividad volcánica de la tierra. La lava fundida ha llegado a fluir sobre las colinas mezclada con nieve.

Sergei, el guardabosques, custodia el valle de los géiseres. Vive en una choza de madera a orillas del río Geysernaya. Equipado con una bengala de socorro contra osos y un rifle, nos conduce hacia el acantilado porque se ha avistado un oso allí. Esto no es nada inusual para Kamchatka donde, en el verano, cuando abunda el salmón, se ven osos a diario. Sin embargo, al final de la primavera, muchos osos están empezando a despertar después de una larga hibernación. Sergei golpea los raíles de madera del sendero para alertar a cualquier irascible animal de nuestra presencia.

Cuando salimos de la maleza, vemos cerca del sendero a un oso sentado y bostezando plácidamente al sol. Temeroso de enfurecer a un mamífero de más de 600 kg



de peso, yo quiero ir más despacio, pero Sergei sigue adelante con precaución. Los primeros colonos habían observado la relativa bondad de los osos Kamchatka, comparados con los siberianos. Señalando primero sus ojos y después las escarpadas paredes volcánicas de la cuenca, Sergei identifica otros tres osos en la proximidad. Después de pescar y buscar bayas, vuelven en masa a sus frías cuevas en la montaña. La reserva Kronotski reúne la mayor población en Eurasia de osos pardos protegidos. Los 800 que residen aquí parecen traviesos y curiosos. Incluso cuando llegamos a una proximidad de 10 metros, el oso muestra muy poco interés en moverse.

Al final, cede el paso a Sergei, pero ahora estamos tan cerca del animal que podemos ver la textura de su pelaje. Está desaliñado después de la hibernación y tiene un brillo iridiscente. A menudo se dice que los osos de Kamchatka tienen motas violetas como las conchas nacaradas de los moluscos de las playas de Petropavlovsk. Al volver a la cabaña, noto las huellas. En nuestra ausencia los animales se han acercado al helicóp-



Petropavlovsk-Kamchatsky (página anterior), fundada en 1740 por el explorador danés Vitus Bering, está más cerca de Anchorage, Alaska y Sapporo, Japón que de Moscú. El sostén económico de la región es una vasta industria pesquera: el pescado desecado es una tradición culinaria para degustar en las termas (izquierda). Alexei y su esposa Anya en su *yurta* koriak (abajo). Los 320 000 habitantes dependen de las moto nieves y trineos de perros para cruzar el terreno



Se dice que los osos de Kamchatka tienen motas violetas como las conchas nacaradas de los moluscos de las playas

tero, buscando keroseno, es como la menta de gato para los osos, y les sirve para eliminar los parásitos alojados en la piel.

Alexei es miembro de la comunidad indígena koriak de Kamchatka. Su nombre de pila es *Kavav* que significa “el día que crece”. Su esposa Anya se llamó primero “amanecer” o *Wulkanew* en su lengua nativa. Cuando la lengua rusa se hizo obligatoria en el sistema educativo, la pareja eligió nombres alternativos que pudieran escribirse fácilmente con el alfabeto cirílico.

Después de una excursión de una hora en cuatrimotos a través de caminos de barro rodeados de nieve, nos encontramos la *yurta* que Alexei y Anya tienen para mostrar las costumbres de los indígenas. Comemos salmón crudo con eneldo y roda-

jas de cebolla y pepinillos. La pareja no cree que la vida que heredaron en Kamchatka de los colonos rusos hace varios siglos sea motivo de problemas. Sus leyes se redactan en Moscú, a unos 7000 km, pero aunque han asimilado algunas palabras rusas en su lenguaje y han adoptado algunos de los valores del país, siguen conservando sus propias creencias e ideas.

Pero cuanto más tiempo pasamos en Kamchatka, mayor es mi perplejidad ante las paradojas de la península. Con buen tiempo los volcanes son visibles e increíblemente bellos. Con mal tiempo desaparecen por completo. Y el tiempo es desapacible en Kamchatka durante al menos nueve meses al año. Si vives tan cerca de la belleza pero raramente puedes verla, ¿se convierte la

belleza en un obstáculo? Después de varios meses, ¿uno empieza a pensar si realmente existe? Y ¿por qué los volcanes lanzan esas partículas de magma hirviente en la atmósfera, formando nubes etéreas de ceniza que parecen un aluvión de mariposas armiño blanco y sin embargo arrasan miles de hectáreas de bosque?

Entonces me doy cuenta de que, aunque no pueda entender Kamchatka por completo quizás sus misterios no están destinados a desentrañarse. La naturaleza de la península se ha caracterizado por la destrucción sin límites durante milenios y así continuará siendo a perpetuidad una de las últimas fronteras de la tierra. ❖

Para más información, visite Patek Philippe Magazine Extra en patek.com/owners